

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire”

ESPUMAS

Por RICARDO MIRO

ATARDECER

Para PEDRO DÍAZ G.

Para ver el incendio del Ocaso
subimos la montaña... Y el ramaje
crujía al presentir bajo tu traje
tu sonrosada morbidez de raso.

Al cálido contacto de tu brazo
se iluminaba para mí el paisaje.
mientras alguna espina del follaje
te besaba al pasar con un zarpazo.

Las cigarras cantaban. De repente
un grito tuyo, fino y estridente,
vibró sobre el clamor de las cigarras.

Porque cerca á los dos, de la campesía,
vimos cruzar, un ave de rapiña,
con una alondra blanca entre las garras.

Temblaba en tus atónitas pestañas
el alma tropical de tus amores,
y los astros se abrían como flores
sobre la cresta azul de las montañas.

Ví en tu rostro correr vagas y extrañas
desolaciones... todos tus rubores
florecieron... Ladraba sus temores
un perro que guardaba unas cañas...

Y avanzamos los dos con lento paso...
Tú, apoyado tu brazo entre mi brazo,
caminabas con ánimo cobarde.

Y al chocar tu pupila con la mía,
sentí que te envolvía y me envolvía
el alma voluptuosa de la Tarde.

POSTAL

Era una paloma bella,
un ave hermosa, de plumas
hechas de copos de espumas
y sonrisas de una estrella.

Nunca se la oyó gemir,
jamás tuvo un desconsuelo.....
Gastó su vida en venir
y en ir por el ancho cielo.

Mas un Príncipe que un día
oyó su canto sonoro,
dentro de una jaula de oro
la encerró con mano impía.

Porque aquel Príncipe cruel
quizo que el ave del cuento
endulzara con su acento
su vida, llena de hiel.

Y cuentan que desde el día
en que el ave se vio presa,
dobló la blanca cabeza
con honda melancolía.

Y cuando otra ave pasaba
cerca de su jaula de oro,
con su piquito sonoro
sollozaba.....sollozaba....

Cuando el carcelero real
visitaba á su cautiva,
la encontraba pensativa
tras el dardo metal.

Y así fué como una cierta
mañana llena de luz,
con las alitas en cruz
el Príncipe la halló muerta.

Hay almas blancas y bellas:
almas hermosas, de plumas
hechas de copos de espumas
y risas de las estrellas.....

BAJO EL CREPUSCULO

Ya se abre la tarde purpurina
como un gran abanico en Occidente;
ya se fuga la parda golondrina
y, temblando, las hojas de la encina
se bañan sobre el agua de la fuente.

Aduérmete al encanto de mi ruego!..
Va entre nubes, como un Monarca ciego,
Helios, ceñida su diadema roja;
y la Tarde en los cielos se deshoja
como una flor de pétalos de fuego.

Ven, es hora de amar... Sobre las ondas
dormir el alma canora de las brisas,
y por el claró de las verdes frondas
para jugar con tus guedejas blondas
las estrellas descuelgan sus sonrisas

El Sol va galopando al Occidente;
se ilumina y se alegra de repente
el mar, á la faricja de sus llamas.....
Yo me parezco á él cuando derramas
el haz de tus sonrisas en mi frente.

En la suave penumbra del paisaje
la Luna avanza con pisada leve.....
Pudorosa beldad, con un celaje
formó una blanca túnica de encaje
para cubrir su desnudez de nieve.

Ven y alegra el dolor de mi ostracismo,
que cuando bajen tus pupilas bellas
á iluminar de mi anima el abismo,
sentiré un raro goce en mi organismo
como si me besaran las estrellas.

Bajo el ala ducal de tus amores
en mis horas de duelo y de amarguras,
con tus manos liliales de Marquesa
formarás en redor de mi cabeza
una corona real con tus ternuras.

Ven y alegra mis íntimos dolores
que vuelan presurosos los instantes...
La Noche, al presentir nuestros amores,
se tornó en un jardín lleno de flores
que tiemblan como trémulos diamantes.

LAS GARZAS

En el cielo, velado de improviso,
la banda fugitiva se diseña...
Tal mi vida, crepusculo indeciso
donde, entre nubes pálidas, diviso
alejarse una tímida cigüeña.

Míralas!... Su fatal melancolía
se disuelve en el raso de los cielos;
y al verlas agitarse se diría
que ellas son los fantásticos pañuelos
con que al marcharse se despide el día.

Las garzas me enamoran... Son lo que huye,
lo soñado, que vuela y se evapora.....
Tras su marcha doliente y soñadora
un cansancio infinito se diluye....
El vuelo de las garzas me enamora....

En los lagos dormidas entre brumas,
cuando abre sus párpados la Aurora,
bajo el armiño de sus nubes plumas
son el alma sutil de las espumas...
Lo blanco de las garzas me enamora....

Por no sé qué lejano simbolismo,
sobre el escombros que el verdin colora,
la garza pensativa rememora
el alma misteriosa del mutismo.
La mudez de las garzas me enamora.....

Cuando sobre los cielos se derraman
en la tarde que en rojo se colora,
recuerda la bandada voladora
los sueños de las vírgenes que aman.
Lo nupcial de las garzas me enamora.....

Las garzas me enloquecen Su blancura,
su mudez, el dolor que las aqueja,
me empujan á quererlas con ternura.....
Yo tengo la infinita desventura
de amar lo que se va..... lo que se aleja.

Pero yo amo las garzas porque existe
un amable recuerdo en mi memoria...
Es el tuyo ... Tu fuiste blanca y triste,
y volando, volando te perdiste
en el cielo sin nubes de mi historia.

Suspensión de "El Herald del Istmo"



CUANDO en Enero de 1904 comenzamos la publicación de esta Revista, moviémos a hacerlo un fin que sin modestia podemos calificar de altamente patriótico. Acababa Panamá de efectuar su separación de Colombia y de constituirse en nación, pero poco preparado el país para esta nueva vida política, presentaba en sus elementos constitutivos un verdadero caos del que era preciso librarlo. Efectivamente, á causa del poco mérito que de nuestra tierra hizo Colombia en toda época, no había entre nosotros ningún desarrollo. La instrucción era escasa y mal prodigada; no teníamos periodismo: nuestros hombres distinguidos, á causa del alejamiento sistemático del gobierno en que se les había mantenido, eran, salvo contadísimas excepciones, neófitos en ciencia política; la literatura y las artes no producían fruto entre nosotros; el pueblo, á pesar del constante roce con el elemento mundial que crea la situación geográfica del Istmo, vivía lleno de preocupaciones, juguete del azar, sin aspiraciones ningunas. Éramos un país sin historia, en que se hacía preciso crearlo todo, llevando cada cual su contingente para poder completar de manera efectiva la obra apenas iniciada el 3 de Noviembre de 1903, si es que queríamos ver subsistir la Patria largo tiempo.

Tal creímos entoaçes llenos de entusiasmo y buena fe, y deseosos de aportar nuestro humilde contingente á la obra necesaria, fundamos EL HERALDO DEL ISTMO. A otros campos podían llevar sus esfuerzos inteligencias superiores á la nuestra. En éste, el de la literatura, juzgamos poder hacer algo en pro de la patria que habíamos ayudado á fundar. Considerábamos entonces como ahora que no solo instruyen las escuelas y colegios, sino que el periódico también es factor importante en la vida y progreso de las naciones. Considerábamos también que era preciso crear entre nosotros la afición á los estudios literarios que no existía

en lo absoluto, y alentar por medio de la publicación de sus producciones á los pocos jóvenes amantes de las letras, que no encontraban ni alicientes ni medios para cultivarlas.

¿Ha ganado el país moralmente en los tres años de vida autónoma que van corridos? Negativa tiene que ser la respuesta; en nuestra opinión no sólo no hemos ganado moralmente, sino que diariamente perdémos en este sentido. Pero como no es nuestro objeto demostrar ahora tal aseveración, ni ella se ajustaría á la índole de estas páginas, no entraremos á comprobarla. Bástenos decir, volviendo á los propósitos que nos movieron á publicar EL HERALDO DEL ISTMO, que creemos sinceramente haberlos cumplido en la medida de nuestras fuerzas y hasta donde lo ha permitido el corto período de publicidad que ha tenido esta Revista, por cuyas páginas han desfilado, dejando señales de su potencia intelectual, los pocos hombres de letras del país y todos los jóvenes aficionados á su cultivo, cumpliendo así una labor literaria que hemos logrado hacer valiosa.

Nuestra obra ha sido pues de iniciación, de fecundación y de propaganda en el interior; en el exterior lo ha sido de divulgación, y hoy muchas gentes conocen á Panamá en tierras lejanas más por la lectura de EL HERALDO DEL ISTMO, que les lleva las pocas manifestaciones de su cultura y de su intelectualidad, que por las relaciones adocenadas de hechos fabulosos y de virtudes en tela de juicio atribuídos por los Tribulos á las figuras de relumbrón.

Pero con todo, nuestra labor ha sido la de Sísifo. No ha querido comprenderse ó no ha querido compensarse; se le han creado obstáculos por aquellos mismos que de ella han reportado mayores beneficios; se ha juzgado y sentenciado acerca de su mérito por personas indocetas, por eruditos á la violeta, por literatos pedrestres, montón bugués de nulidades de parroquia, cuyos nombres no resuenan más allá de los linderos del pejugal; y mientras caemos sobre nuestro escudo, rie la imbecilidad que se llama siempre mediocridad y desarrauga el ceño la ineptitud criminal y presuntuosa.

Nos habla el magnífico señor conde Matius

Augusto Villiers de L'Isle Adam, ilustre poeta noble de abolengo y noble de intelecto, en uno de sus más preciosos libros, de un médico famoso, el doctor Tribulat Bonhomet, gran enemigo de literatos y artistas, cuyo mayor placer consistía en retorcer el cuello á los cisnes y que ansiaba encerrar en un vasto edificio con muros altísimos, construído en un lugar donde los temblores fueran frecuentes, á todos los que poseyeran el dón de pensar. ¡Famoso y bello medio de suprimir las cimas, propio de un burgués de estrecho cerebro y malos instintos!

No nos dice el ilustre conde si el maligno Tribulat tuvo descendencia; pero, á pesar del silencio que sobre esto guarda el historiador, nosotros aseguramos que sí la tuvo y larga y que esa descendencia pasó á la América latina y de su rama ha salido buena porción de nuestros más conspicuos hombres públicos, adoradores del becerro de oro, para quienes el fuego del cielo sería castigo liviano y de poco provecho.

Estos hombres encargados de marcar el rumbo á las multitudes de nuestros países, semi salvajes, aun por razón de crecimiento y de educación, no han sabido sino manejarlas en su provecho, completándose así mutuamente el mandatario despótico con el vasallo servil y adocenado, y formando unidos un poder terrible que invade todos los campos de la actividad y que juzga aún acerca de lo que no entiende.

De este mal no se libra Panamá. Y nosotros, como el angel de la fábula bíblica, hemos luchado con él al ver invadido nuestro terreno; pero la lucha ha sido infructuosa, y hoy, lo declaramos ingenuamente, estamos cansados de combatir la estulticia de unos y la envidia y la malignidad de otros. Y cogiendo rizos á nuestra vela, aguardamos en medio de la confusión moral que actualmente nos azota como furioso vendabal, que luzcan días mejores, en que más propicios hados hagan fructífera esta labor que si no merece ditirambos por lo menos sí es acreedora á un aplauso sincero.

Guillermo Andreve.

VOZ SUPREMA

Para mí colomboño GUILLERMO ANDREVE

Oigo una voz de arrullo que me canta,
y hay un roce de pico que me hiere:
mi espíritu indomable se levanta
y al dulce acento el torcedor prefiere.

*

Ya mi alma vibra y al dolor responde.
Yo soy quien duerme y á tu voz despierta.
Bajé en mis sueños al abismo insonde,
Y ví un cadáver: mi esperanza muerta.

*

En derredor del muerto sus canciones
—de luto el manto, compungido el ceño—
salmodiaban mis bellas ilusiones,
las vírgenes nostálgicas del sueño.

*

Oh! si pudiera en su mirada fija
llevar un padre de dolor transido
fuego al cadáver de su muerta hija,
luz á los ojos de su bien perdido!

*

Sublime sugestión y lisongera
la que la mente en su delirio alcanza.
Me dices tu poder y devolviera
resaca de luz á mi esperanza.

La triste soledad en que me hastío
este cuadro de horror trae á mi mente:
la vida, discurriendo como un río,
y la parca bogando en su corriente.

Mas no es esto la vida; que ella encierra
más altos ideales para el hombre:
vivir es resistir y estar en guerra,
que el hierro brille y que la fama asombre!

*

Vivir es conquistar lauros y glorias:
de valor y heroísmo dar ejemplo;
morir, como Ricarte, en la "Victoria,"
ó derribar, como Sansón, el templo.

*

Vivir es combatir junto á las aras
dese elevan los nobles ideales;
con Páez repetir su ¡VUELVAN CARAS!
y fatigar las lanzas y atabales!

*

Ser con Máximo Gómez altanero:
con Bolívar tenaz, siendo inflexible;
imitar en los dioses los de Homero,
y ser como el Aquiles, invencible;

*

Palpitar con alientos sobrehumanos;
ser la protesta de viriles tonos;
perseguir, sin dar tregua, á los tiranos,
romper los diques y volcar los tronos;

*

Libertar de oprobioso despotismo
al pueblo que indolente desespera;
infundirle el valor del patriotismo,
y darle un ideal y una bandera:

*

Combatir con los bríos de un templario:
erguirse entre la airada muchedumbre;
llegar, como Dios hombre, hasta el Calvario,
y en el Tabor iluminar la cumbre!

*

Ser fuerza, numen ser, laúd y nervio;
á un tiempo destructor ser y prolfico;
rodar, como Luzbel, fuerte y soberbio;
ó caer, como Ajax, grande y magnífico!

*

Creer y dominar: ser insistente:
ser la fuerza tenaz, el fuego vivo;
en los empeños del honor, vehemente;
y en las batallas del deber, altivo!

*

Esa es la vida que trasciende y sube:
la que es nervio y es fuerza y es combate:
Rayo que rasga el seno de una nube!
Gesto que se hace Dios en el combate!

El Gobierno de Panamá y . . . El Herald del Istmo



EL conocido intelectual Guillermo Andreve, Director de EL HERALDO DEL ISTMO de Panamá, solicitó del joven literato José Gálvez expresara su opinión sobre el incidente ocurrido á esa hermosa revista de arte, del que se informarán nuestros lectores por el artículo que á continuación publicamos.

Un Gobierno Artista

La Convención Nacional de la República de Panamá acordó, por ley de Mayo de 1904, á la Revista EL HERALDO DEL ISTMO, un auxilio para lograr difusión de cultura en el interior y propaganda de prestigio en el exterior.

Hoy, pasados dos años de meritisima obra, el Gobierno, inspirándose en "altos ideales de moral," suspende por tres meses el auxilio acordado.

En la Revista han figurado los nombres de los más apreciados literatos de la América toda; sus páginas artísticas y bellas han dado á conocer en todas partes la cultura de la nueva República haciendo un gallardo y positivo servicio al país.

Sin embargo, ahora el Gobierno convertido en "gendarme de la moral" cree conveniente negar la subvención por causa de un artículo, *La Mujer Seria*, de Guillermo Andreve, cuento lleno de animación y color, palpitante reflejo de la cosas de la vida.

Sin detenerme en consideraciones sobre la legalidad de esa resolución, que parece no estar en la amable y buena compañía de la Justicia, causa extrañeza una orden administrativa tan curiosa, en los tiempos actuales en que sería difícil y vano pretender explicar la significación de la moral en el arte. Castigar, pues, una «inmoralidad» artística de la naturaleza de la que ha motivado dicha resolución, valdría tanto, como por disposición gubernativa, cubrir con un manto la gloria mutilada de la Venus de Milo.

Pienso en el arte grande y luminoso, sin trabas, expresión de la vida en todas sus manifestaciones; y considero pequeño un arte sirviendo de medio á la moral, simple formalidad, vestido muchas veces estrecho para las holguras del pensar y los desbordos del sentir.

En el sagrado y austero silencio de las ruinas de las civilizaciones que pasaron, repercute la voz de la belleza eternamente única y sonora. Pasan los sistemas de moral, las formas moralizadoras de la vida hechas por los hombres; desaparecen las filosofías, mueren las religiones, y en medio de la tornadiza mudanza de las cosas, queda perennemente la belleza.

Platón es un gesto soñador y pensativo, Sócrates deja el recuerdo de su serena y gallarda actitud para ser copiada en el mármol y cantada en el verso; sobre la miserable inanidad de todo, las viejas civilizaciones duran por lo que tuvieron de bellas.

Muchos no creerán hoy ciegamente en la religión moral de Budha, pero pocos dejarán de

conmoverse ante el alma profunda y tierna del sencillo filósofo.

Es mucho más, es en la mayoría de los casos ver desaparecer la teoría, la intención moral y religiosa de los fundadores de sistemas, y surgir únicamente, como una flor entre ruinas, la suprema hermosura que guardaban.

De Esquilo quedará siempre la sublimidad aterradora de sus creaciones; y sin creer hombre moderno la teogonía griega sentirá solamente dentro de sí, ante la visión trágica del Edipo, el vibrante temblor de lo grandioso.

Ante las dos opiniones del arte como medio moralizador, y del arte puro, como reflejo del fenómeno de la vida, creo en ésta por más amplia.

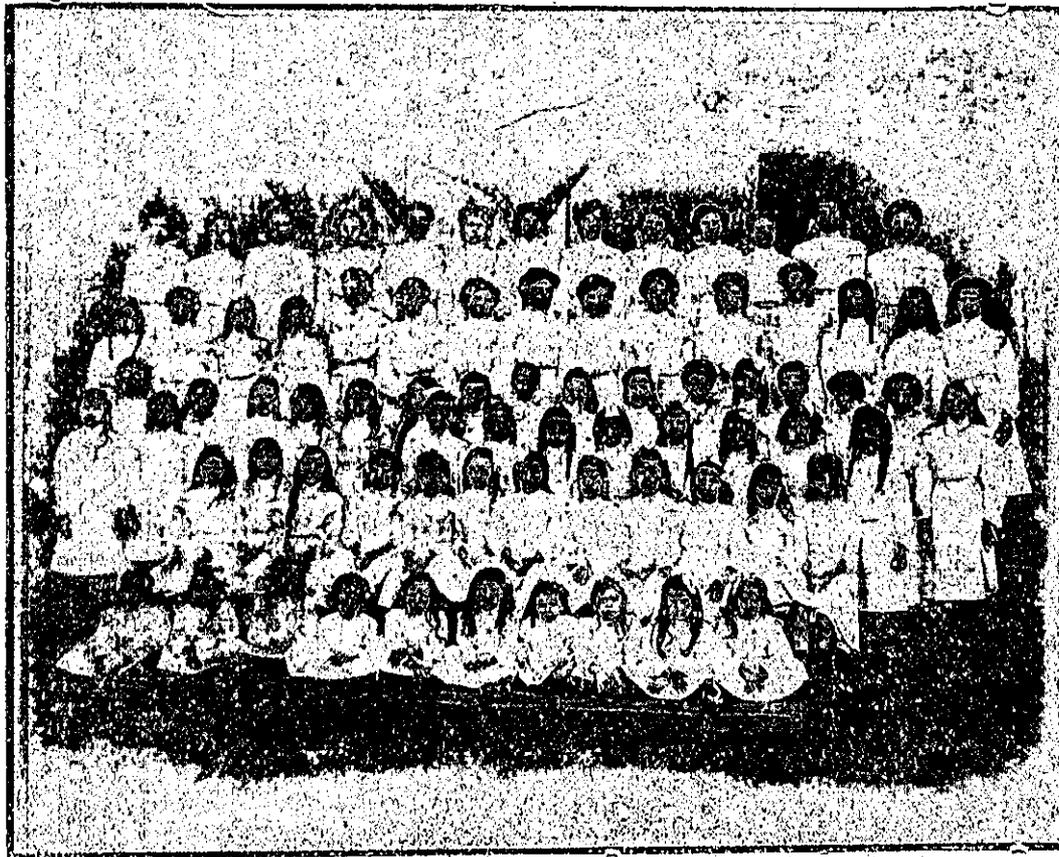
Por eso, sin duda, no acierto á comprender cuál es el móvil del gobierno panameño pues ni con el criterio del arte subordinado á la moral, podrá juzgarse inconveniente el artículo de Andreve.

Réstame sólo para concluir, felicitar al simpático literato por haber despertado con su cuento todos los atavismos monjiles de una época lejana, llenando de santo y místico temor á aquellos nuevos y austeros moralistas; creyendo para mí sinceramente en la debilidad del golpe y concluyendo con la divisa de EL HERALDO.

Bien faire et laisser dire.

Lima, Septiembre de 1906.

JOSÉ GÁLVEZ.



COLEGIO DE "SAN JOSE."—Grupo de alumnas.

UNA CARTA

Tacna, 2 de Septiembre de 1906.

Señor don Guillermo Andreve,

Director de "EL HERALDO DEL ISTMO.

Panamá.

Mi distinguido colega y amigo:

Entregado por completo al *Diarismo* como aquí llaman á la prensa diaria—no olvidando sin embargo mis antiguas y arraigadas afecciones á las bellas letras y siempre recibo con alegría el paquete de EL HERALDO DEL ISTMO

que usted bondadosamente me remite. Inútiles que le diga que la lectura de esta hermosa revista es un manjar que jamás me cansa y que cada vez que lo gusto me resulta más y más sabroso.

Busco de preferencia, entre las páginas de su Revista, las firmas de antiguos y buenos camaradas que me tienen completamente olvidado, que quizá si me creen muerto, y siempre tengo un caluroso aplauso para las prosas de usted, cada día más gallardas, más ontonadas, más sugestivas y más brillantes.

Su cuento *La Mujer Seria*, que ha mereci-

do la honra de un anatema gubernativo, es una página admirable, plétórica de color, de animación y de sentimiento. Ella estoy, seguro, habrá sido justamente elogiada por el extenso y selecto número de intelectuales que leen EL HERALDO DEL ISTMO.

La medida que el Gobierno de esa tan simpática nacionalidad ha tomado contra la publicación que usted dirige y redacta, por el hecho de haber insertado *La Mujer Seria*, es algo que pasma y que indudablemente no puede obedecer á estrechez de criterio sino á otros motivos que, á la distancia, no puedo yo explicármelos. Es imposible creer que los hombres del Estado de Panamá piensen que corremos aún los tiempos en que á las esculturas de Venus había necesidad de ponerles capas para que no pudieran admirarse á toda luz sus incomparables formas.

Entiendo que nadie pierde con la medida dictada en contra de EL HERALDO DEL ISTMO sino la personalidad que ha estampado su firma al pie de la resolución respectiva, y creo que usted debe darse muy por satisfecho de que sus trabajos intelectuales den lugar á los hombres de gobierno de su país para conquistarle aún mayores simpatías en todas partes de América al hermoso periódico que sirviendo de órgano y vocero á un grupo de espíritus selectos, presta grandísimo servicio á la literatura hispano-colombina.

Pretensión absurda de un Gobierno sería aquella de ejercer censura y autoridad en las manifestaciones del Arte—para el que no hay ni podrá haber trabas—por el hecho de acudir con una subvención—que honra más al que la da que al que la recibe—para el sostenimiento de un periódico de arte y de literatura. Cuando yo publicaba mi revista *Letras*, para la cual no había más límites que los de la cultura social, ella era también apoyada con una subvención por el Gobierno de mi país, pero jamás se me hizo la menor indicación respecto á los escritos de todo género que aparecían en sus columnas.

Le expreso, pues, mis felicitaciones por propaganda que se ha hecho á su Revista y galana pluma y le envío, una vez más, el testimonio de mi afecto muy sincero.

De todo corazón,

J. M. BARRETO

DEL PASADO.....

A LUIS C. URQUIA



En una de esas tardes del otoño mexicano, cargadas de humedad, de ráfagas agudas como estoques, de perspectivas turbias, de cielo plomizo, empecé con mi amigo Lucio—poeta luminoso en su modestia—un paseo por el bosque de Chapultepec. Es en el instante de las primeras vaguedades del crepúsculo. En el vasto recinto gravitaba una melancolía honda. Las nubes derramaban en la atmósfera apariencias de brumas hiperbóreas; en las ramas de los grandes árboles—árboles milenarios—el viento tenía sonoridades de cascadas, ó imitaba el rumor hervoroso de la lluvia, ya amenazadora. La concurrencia era escasa, y los coches y los automóviles pasaban con una como fugaz displicencia, ante el silencio de la vida humana y la polifonía orquestal de la naturaleza, bajo el mutismo dominador del "Castillo". Una gran mancha de rojo desteñido sugería la idea de la presencia invisible del sol, cerca del ocaso.

La alegría optimista de Lucio, ficticia, pero ya en él una segunda naturaleza, parecía esa tarde escondida en el más profundo de los pliegues de su espíritu, para dejar surgir toda esa enfermiza sensibilidad—tan llena de nostalgias indefinibles—propia, como un doloroso bien, del verdadero artista. Hablaba poco, cual si su espíritu, en comunión íntima con el aspecto desolado de las cosas, recogiera en la delicadeza de sus fibras el misterio de las sutiles armonías de aquella hora.... Y de pronto, siguiendo sin duda un monólogo interior, mientras nos internábamos por una de las calles más desiertas, dijo:

**

El recuerdo tiene á veces impiedades felinas; se torna de acariciante en cruel; tortura, desgarrar. Le quita al pasado su velo azul, su luz ilusoria, y desnudando adorables iconos, brutalmente les arranca su belleza de consueño... Hace apenas unos minutos veníamos en el tranvía eléctrico, entre una multitud heterogénea de pasajeros, empleados los más de oficinas públicas y comerciales, de regreso á sus hogares, en los pueblos vecinos. El carro volaba; las casas hufan; el paisaje se modificaba con brevedades de segundos. Tan sólo allá en el fondo, la serranía, del color ceniciento del aire, se alzaba y se perdía en las opacidades del cielo, con la arrogancia de lo inmutable. La concurrencia, tan ajena á lo exterior como al ambiente interno, iba absorta en sus propias preocupaciones, las cotidianas, deseosa tal vez de llegar al término del viaje... El tranvía volaba siempre; los enormes edificios de los barrios centrales desaparecieron; las mansiones rústicas, y las quintas y palacetes sucedíanse vertiginosos, á lo largo de la gran calzada. Y yo pensaba en cómo la costumbre hace todo indiferente; me imaginaba esos rostros, impasibles ó tediosos hoy, quince años antes, al contemplar de súbito la aparición y fuga de un carro eléctrico, deslumbrándolos á su paso, ó en la voluptuosidad exquisita que habrían reflejado, viajando entonces en él, los primeros. Así también para el automóvil, ese supremo lujo de locomoción, llegará la época de la vulgaridad, de su democracia, y las clases ricas, con el perpetuo afán de lo raro, inventarán otro medio, aunque sea menos rápido, menos cómodo, de lucir sus elegancias viajeras en los torneos mundanos.....

Lentamente, en tanto que Lucio hablaba—penetrados por el grave recogimiento de aquellos sitios—trazamos una parábola en el bosque, a través de avenidas y senderos, llenos ya de noche. En ellos albeaba á ratos el mármol de la estatua. Varios coches, á lo lejos, encendían sus linternas, verdes y rojas, moviéndose entre los ramajes con mariposeos de luz. Estábamos ahora casi al comienzo del paseo, junto al flanco izquierdo del castillo; y de sus cien ventanas abiertas caían, hacia nosotros, con el secreto de los silencios, los colores, los frag-

mentos de una historia, mezcla de tristezas y de triunfos, de desesperanzas luctuosas y de entusiasmos heroicos... Lucio prosiguió:

—Pensaba en eso, por pensar en algo, cuando posé distraído la vista en una pareja femenina, de edades distintas, madre ó hija quizás, sentadas cerca, frente á nosotros.... Posé distraído la vista; pero luego, mis ojos se quedaron allí ájos. Tú no te diste cuenta de nada, absorto como estabas en la contemplación de los paisajes de afuera. Al principio, el artista adorador de lo plástico, alerta siempre en nosotros, hizo me contemplar exclusivamente á la joven: una deliciosa niña de catorce años, ya con aspecto y encantos de núbil. Su busto, de curvas finas y nobles; su rostro oval, á la manera de los pre-rafaelistas, blanco, con leves matices rosas, bajo el cabello castaño, eran, en verdad, hechiceros. La niña me miró, halagada, en su naturaleza femenina, de mi contemplación; y poco á poco, aquellos sus ojos, de un verde obscuro, cargados de humedades radiosas—como los inmóviles de Mona Lisa—fueron clavándose en mí con tenacidad obsesiva. Es que me recordaban algo, no preciso aún en la memoria, pero que la intrigaba poderosamente. Yo los había visto otra vez, muchas veces... ¿dónde? Y, por un impulso instintivo, miré á la madre.

**

Una señora de edad indefinible, treinta ó cuarenta años, ricamente vestida de negro. En su cara de contornos blandos había una vejez prematura. O la maternidad la marchitó cuando estaba en la plena primavera; ó un amor demasiado intenso dejó en ella los surcos de las pasiones corrosivas; ó las continuas convulsiones tormentosas, no confesadas, de ciertos hogares, exteriorizaron sobre aquella carne perecedera los dolores del espíritu. Pero como á cada paso encontramos de esos semblantes—donde se encierran complicados enemigos psíquicos—no me hubiera interesado el que observaba, á no ser por los ojos. Con el mismo tinte verde-oscuro de los de la hija, no obstante su beatitud inexpressiva, me intrigaron más. Los conocía; me eran familiares. Y mi recuerdo trabajaba en una confusa niebla de acontecimientos preteritos. Nada solucioné en ese momento. Bajarnos. La pareja siguió.... Y ahora he recordado. Esa mujer, rudamente macerada

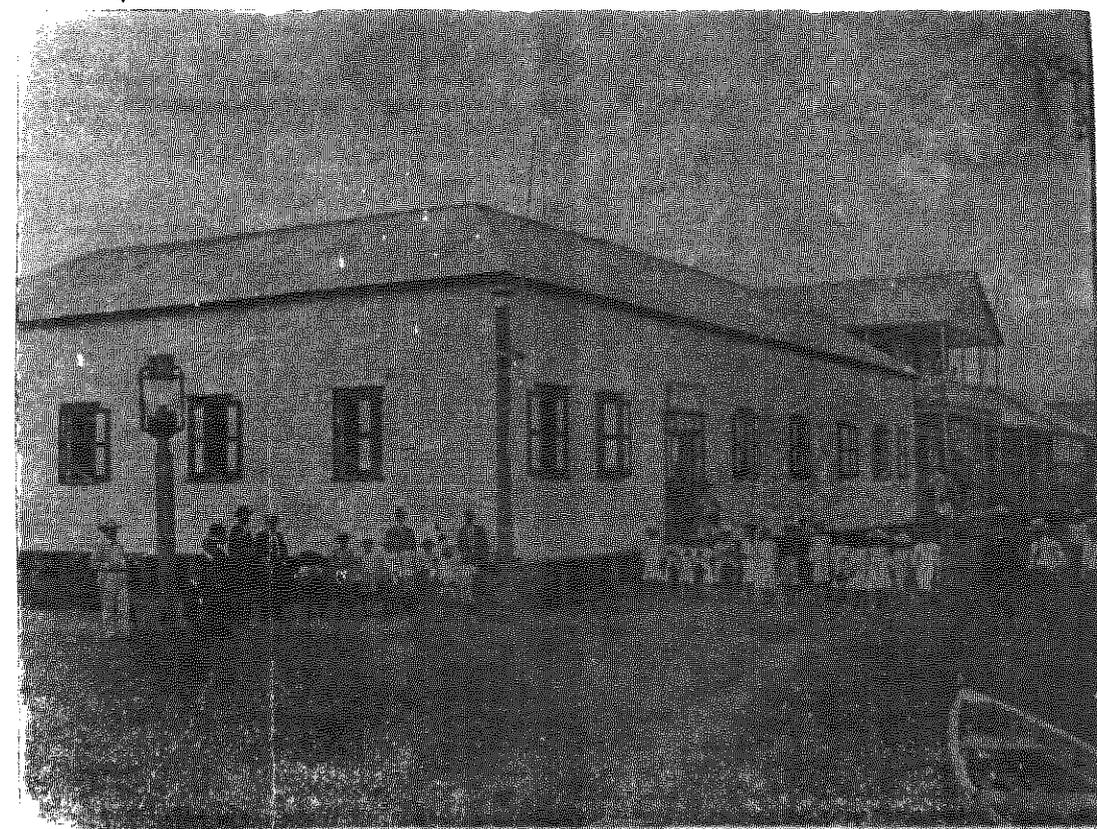
por el tiempo, fué quizás mi primer entusiasmo amoroso, cuando los veinte años ponían en mi cerebro mil líricos idealismos. Ella, por suerte, tampoco me reconoció; también sobre mí ha llovido mucho; la lluvia amarga de todos los escepticismos.

La encontré una tarde como la de hoy, junto con una amiga, en estas mismas avenidas. Volví á verla en los siguientes días. Vivía en una quinta del pueblo inmediato. Hubo *first*, luego cartas; luego una entrevista tímida en un baile; luego paseos vespertinos aquí, con la vigilancia indulgente de la acompañante, y por último, la audacia de un beso. Después... se fué de la capital, no la ví más, y el encadenamiento complicado de los acontecimientos de la diaria existencia, borró del recuerdo esa trivial aventura de adolescente... Pero de ella quedó volando por la prensa hispano-americana una estrofa, de sinceridad juvenil, recitada por tí, al cabo de tantos años. La escribí la tercera tarde que acudí la joven al llamado de mi admiración, aún lejana. Te agrada, dices, porque es un matiz de sentimiento. Tu definición es exacta: cuando la hice no se había cristalizado en mí el amor—desco. Era la heroína tan exquisitamente bella, ó tal vez más, que la hija, y yo, entonces, un verdadero poeta.

"Pasaste. Yo estaba callado; me viste, y entró hasta mi alma—la dócil, la triste cautiva que llora soñando en la luz—un largo destello de estrella de oro, cual suele en la noche fugaz meteoro rayar á lo lejos el pálido azul...."

Y pienso en lo exacto del título de unos versos tuyos: *Aere perennius*. En verdad, sólo la palabra de arte, esencia del alma, mantiene eternamente jóvenes las imágenes y los sueños del pasado, más durables así que la materia, carne, ó mármol, ó bronce, pues hasta en la piedra y el metal el tiempo envejece. La hija también será transformada tristemente por los años, y esos versos perdurarán, con toda su sugestión de gracia y de juventud femeninas. Sin embargo, hace una semana, al repetirme tí esa estrofa, ya olvidada, creí, desdeñándola, que no valía lo que en mi recuerdo el beso real, ardiente, lleno de vida, dado más tarde á su inspiradora, cuando era toda esplendor de mujer virgen... Y seguiría creyéndolo, sin ese encuentro, cruel como la ironía.

DARÍO HERRERA.



BOCAS DEL TORO. Local de la Escuela Pública de Niños

Cartulina postal

Flota en desbordamiento de cascada,
con visos de pavón su cabellera
funeral como el ébano y la cañina.

Y acaricia su lánguida mirada,
cual suele acariciar una quimera
bajo el sopor azul de la morfina.

+

De caza

Una fragilidad de mariposa
torasolada en abanico. El cielo
de un rosado impoluto, de sedosa
tonalidad, como de terciopelo.

Una garza, por el dombo de rosa,
rima la aristocracia de su vuelo,
y en esa blanca fuga silenciosa
finjo el último adiós de su pañuelo.....

Doy al olvido la escopeta, olvido
mi nuevo amor. Apoyo á un árbol ido
una juventud, soñando cosas viejas,

con el galgo á mis pies, un galgo bueno
de ojos tristes, ojos de Nazareno,
y que tiene caídas las orejas.

+

Al margen

Tañe, hermano, la mandolina,
porque esta noche tengo ganas
de soñar. Y tu cavatina
como que me tiñe las canas.....

En tu cuarto,—donde la fina
seducción de las otomanas
provoca al opio de la China,
que hace vivir cosas lejanas,—

siento el agradable cansancio
de soñar, tornándome al rancio
tiempo de idas generaciones,

de parroquiales indolecias,
de los viajes en diligencias
y de los tiznados mesones.

Despilfarro

Cuando te mire á solas
la ola soberbia de tu orgullo aplaca,
que al fin te humillarás, como las olas
se humillan sollozando en la resaca.

La vida viene y va.....

Con la pérdida
juventud, sin un sol de primavera,
qué amarga viene á ser la despedida
para quienes, cual tú, van á la vida
como las ondas van á la ribera!

De mi predio

Las casitas de campo, las casitas
enjalbegadas, acurrucaditas
y risueñas.....

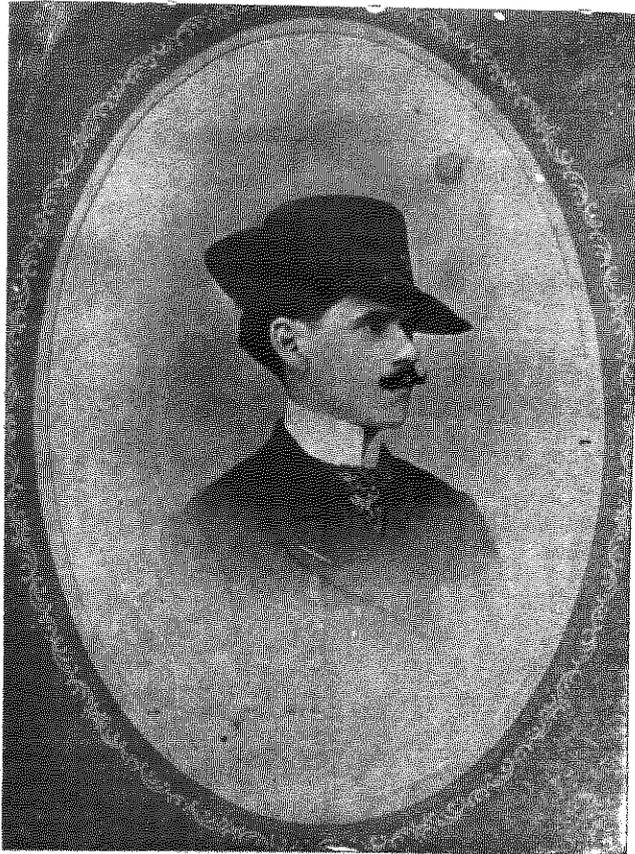
Bajo los abanicos,
los frescos abanicos de palmeras,
pasan los mozos y las vivanderas
en un desfile manso de borricos....

El tren, en una quiebra,
inesperada, por el verde llano
hace como una fuga de culebra....

Y á la rota penumbra de la parra
de fruto agraz—tan místico y profano—
gozo el paisaje.....

Hoy duerme la cigarra,
la mariposa sale del gusano,
y fulguran los techos de pizarra
con el ocre bermejo del verano.

Luis C. López



LUIS C. LOPEZ, Exquisito y raro poeta colombiano

DE MI VILLORRIO

Preliminar

La serpiente, como un lazo de fina
seda que hace cambiantes de metal,
asoma, con su atisbo á la sordina,
de soslayo en el hispido juncal.

Salmódia su canción la vieja encina,
y, en las teclas que forma el pedregal,
me dice su aperlada cavatina,
tristemente melosa, un manantial.....

Aquí, cabe los versos de las hojas,
engarzaré, rimando paradojas,
mis dualidades de sentimental.

Porque aquí, por extraños desconsueos,
habló en mí la serpiente de los celos
y la tristeza gris del manantial.

Cuarto de hora

La cigüeña, la clásica cigüeña
de la hortaliza, ordeña
la ubre del canjilón. Y mi alma sueña
nerviosamente, hija del molinero.....

Con tu vestido á cuadros, tu sombrero
de mimbre y tus pupilas de gitana,
sospechosas como un desfiladero,
haces de mí lo que te da la gana.....

Me impaciento, fumando cigarrillos,
adosado á la alberca de ladrillos,
porque tú no vendrás.....

—El cielo arde
y tal parece que chisporrotea
la antorcha vespéral. Y silabea
el agua en el silencio de la tarde.

Hongos de la riba

El barbero del pueblo, que usa gorra de paja;
zapatillas de baile, chalecos de piqué,
es un apasionado jugador de baraja
que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.

Lector infatigable de "El Liberal."—Trabaja
alegre como un vaso de vino moscatel,
zurciendo, mientras limpia la cortante navaja,
chismes, todos los chismes de la mística grey.

Con el señor Alcalde, con el veterinario,
unas buenas personas que rezan el rosario
y hablan de los milagros de San Pedro Claver,
departe en la cantina, discute en la gallera,
sacando de la vida recortes de tijera,
alegre como un vaso de vino moscatel.

+

En la terraza

Caballeros amables, señoras discretas
en las frivolidades del *five o'clock tea*,
con sombreros que lingen enormes viñetas
y calvas que parecen huevos de marfil.

Pienso, unido á estos seres que portan caretas,
pasarme varias horas sin pensar.—Aquí,
á trueque de unos cuantos cientos de pesetas,
soy feliz. Me parece que soy muy feliz.

Puesto que nó me importa, con almas rastreras,
recordar mis quimeras nobles, mis quimeras
que se han ido con una rapidez de tren.

Ni que tú, desgrefiados los tirabuzones
de tus cabellos, busques nuevas sensaciones
con algún dependiente de Lanman y Kemp.

Luis C. López



En la vieja ciudad monumental, ahogada por vetustas murallas grises y por el orgullo de cuatro siglos de leyendas de oro y de sangre—en Cartagena de Yndias—“la muy heroica, muy noble y muy leal villa”—nació este muchacho. López, Luis Carlos, de cepa legítima de conquistadores. Esto sucedió hace unos veinte años.

Tras una adolescencia anódina y una primera juventud hosca y llena del hastío de este villorrio donde nunca sucede nada, es hoy López, al decir de buenos críticos de otras tierras, un poeta de alma moderna, de estro original y fuerte y de “brillante porvenir literario.”

A mí, raizal del terruño, que no he leído sus poesías, ni las leeré aunque me desuellan, sólo por odio, sino por que son de él, mi coterráneo, López me parece moderno por fuera, en el hablar y en el vestir, pero decrepito en el pensar, desmayado en el querer, tristemente triste en lo hondo de su alma. Es un bruto genuino de la más española ciudad del trópico y debiera ser uno de sus hijos predilectos, en quien se viera como retratada y compendiada, si no fuera porque los heroicos cartagenos no nos entusiasamos sino en la solitaria contemplación de nuestros ombligos.

Digo que admiran a López de muy distantes regiones y esta silueta, pedida por no se cuál periódico de extranjería, no es para ser publicada en Cartagena. Aquí fuera impertinente que un cartagenero presentara a otro al conocimiento de sus vecinos. Aquí nos conocen muy bien al fotógrafo y al sujeto, es decir, a mí y a él, y nadie nos toma en serio. Lo cual, por otra parte, nada nos importa.

Pero, siquiera para los lectores extramuros, he de decir cómo es Luis Carlos López, ó por lo menos cómo me parece a mí que es y su manera de pensar, de sentir, de trabajar y de soñar.

López es rutinario y progresista, liberal y retrógrado, franco y solapado, entendido en cosas de arte y desentendido en cosas de ciencias y negocios, gran señor de siglos medioevales y bulvarero de este año, civilizado, exótico, descreído, católico, protestante y musulmán. Carece de dinero.

Maneja un talento penetrante y extraño, las infinitas obras necias é infinitas discretas, colecciona medallas de cofradías y dientes de fieras y es más inteligente que la generalidad de los cartagenos. De cuanto han producido los muchachos de habla española en estos últimos años podrá experimentarse un tomo de originalidad genial y duradera. Pues de seguro López ha escrito muchas páginas. Repito que no he leído sus versos.

Si trabajase más habría él solo llenado un tomo inmortal. Pero es perezoso, tropical y concienzudamente perezoso. Aún más: es científicamente flojo. Es una gran cosa saber ser indolente. Tres clases hay de descanso: el sueño, descanso perfecto; el cambio de ocupación, que no es descanso sino estímulo y la pereza. Don valiosísimo y raro es saber gozar de la pereza. En estos días de tráfago, cuando hasta el trópico se está infectando de energía, es positivamente consolador hallar un hombre flojo, real y meritoriamente flojo. Luis Carlos López es de estos.

Con todo, ha trabajado. Ha vivido siempre en Cartagena, con solo breves escapadas a Turbaco y a Bogotá y esta es labor paciente y ebrumadora.

Ha oído las alocuciones patrióticas de zita y seis Gobernadores en otras tantas fiestas cívicas y no se ha muerto. Ha leído todos los periódicos colombianos y los versos de los innumerables poetas costeños y no se ha

suicidado. Ha pasado por el *via-crucis* de la Universidad de Bolívar y ha asistido a las sesiones del Concejo Municipal y no ha asesinado al Profesor de Literatura Española ni al Alcalde del Distrito. Después, ó al mismo tiempo, ha hecho versos y vive desde entonces bajo la posibilidad espeluznante de que un Prefecto beocio le mande desterrar por vago. Son pues, como diez años de un trabajo rudo y silencioso y de un desarrollo formidable de fortaleza moral.

Piensa ahora publicar sus poesías en un libro para cuya impresión ha recibido de varios editores capciosas proposiciones. Finis coronat opus.

Entrarán los versos de Luis Carlos López a las antologías del porvenir? Vivirán en la memoria del pueblo? No se lo deseo. Esto de la gloria literaria es necedad probada. Grafómanos, pobres diablos, que ponemos tanto ahinco en asombrar al auditorio, más nos valiera emplear toda esa fueza “en donar un potro, en atravesar un río”, en hacernos querer, aunque fuese á medias, de una linda muchacha y en acaparar algún dinero para competir en materia de coches y caballos con cualquier bárbaro de Napoleón ó Washington, Pérez de apellido.

F. RAMOS GONZALES.

Cartagena, Colombia, 1906.



PROVINCIA DE LOS SANTOS.—Puente sobre el Río Santa María. Vista de los cilindros de hierro (lado de Santiago)

De “Mis brochazos”

LUIS C. LOPEZ

“Le rare est le Beau”



SUS versos son inarmónicos, como la música de Wagner, pero tienen una sugestiva originalidad que muy pocos aprecian.

No es un coplero vulgar que capta, sino uno un artista exquísito que cincela. Por eso la generalidades inconsciente é iletrada—detesta sus estrofas... y he aquí la prueba más elocuente de su singular talento.

Y más que poeta original, es un realista, que pinta sus cuadros al desnudo sin importarle aquella “aristocrática intransigencia” que tanto preocupaba al eximio autor de *Ritos*. Describir así, gráficamente, debe ser el ideal del artista moderno.

Jamás ha recitado en una velada literaria, ni ha pronunciado discursos fúnebres, ni ha escuchado las palmas de un pueblo cínicamente adulado. Es un raro egoísta: no puede ser popular.

Pasa la vida hoscamente solo, lejos del vulgo, ese vulgo ignorante que acuso justifica

la tesis darwiniana,—leyendo á Maeterlink, filosofando con Nietzsche y estudiando los múltiples y confusos fenómenos de nuestra naturaleza.....

Desde su soledad contempla con un desdén envidiable el paso cinematográfico de nuestras notabilidades del día: poetas macarrónicos, periodistas ramplones y políticos venales; toda esa monstruosa falange que forma la llamada civilización moderna en este típico país;—yo me permito recomendarle que reúna sus impresiones en un tomo y edite un volumen en prosa, que será por demás interesante.

Seguro estoy de que su estilo anárquico é irrespetuoso hará crispar los nervios de ciertos intelectuales que todavía leen las novelas del viejo Dumas y los poemas de Zorrilla.

Pero él bien sabe que ese es el mejor homenaje para un buen escritor, y con orgullo recibe esos reproches de los que no han alcanzado á comprender los estados de espíritu, tan ingenua y maravillosamente descritos por su extraña lira.....

J. M. DE LA VEGA U.